

ALBUM DE SEÑORITAS

Y

CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

Mujeres célebres de la antigüedad.

PULQUERIA.

Esta emperatriz de Oriente, hija del emperador Arcadio, y nieta del Gran Teodosio, ha sido una de las princesas que mas han honrado el sólio. Desde su edad mas tierna, en que quedó huérfana, se fué haciendo notable por su distinguido ingenio y por su juicio sólido. Sus discursos, sus acciones, su modestia y su piedad eran la admiracion de la córte á los nueve años, y á los quince hablaba perfectamente varios idiomas, y se distinguia en la historia. Conociendo que su mano podria ser un motivo de discordia, se decidió, luego que llegó á la pubertad, á renunciar para siempre el matrimonio, y para que nadie tuviese la menor duda de sus intenciones, hizo voto público y solemne de virginidad en la iglesia de Constantinopla. Muy jóven se encargó de la educacion de su hermano Teodosio, des-

empeñando tan difícil cargo con admirable prudencia, y al cumplir éste quince años, la asoció al Imperio, declarándola *Augusta* el Senado con aplausos del pueblo. Encargada del gobierno á los diez y seis años, desplegó tantos talentos, tanta firmeza y habilidad, que se avergonzaban sus entendidos ministros. «Ofreció un fenómeno (dice la historia del Bajo-Imperio) único, y que no ha vuelto á darse: una princesa de quince años gobernando un vasto imperio con la madurez de la mas consumada experiencia.» En efecto, Pulqueria, heredera de las virtudes del gran Teodosio, gobernó el Oriente con gloria durante treinta y dos años: su justicia restableció el orden, su bondad ganó el afecto de los pueblos: su firmeza reprimió las facciones, y previno las continuas revueltas de que era teatro la capital. Su inmensa caridad, imitada por la córte, desterró la mendicidad; protegió las ciencias, las artes y las letras, y tomó una parte muy principal en la redaccion del Código Teodosiano. Fué amparo de la inocencia, alivio de menesterosos, escudo del pais, y protectora de la naciente religion cristiana. Sin curarse de que otra mujer dividiese con ella la influencia que ejercia

TOMO I.



en el ánimo de su hermano, y deseosa de la felicidad de éste, le propuso por esposa á la jóven Atenais, no mecida en cuna régia, pero muy digna de un trono, sino por su maravillosa hermostura y elocuencia, por su virtud y su génio. Convirtiéndola Pulqueria en cristiana y emperatriz, y su celo por la pureza del dogma fué causa de que, furiosos los Nestorianos con el acuerdo del Concilio de Efeso, que hizo se convocase para condenar sus doctrinas heréticas, inventasen mil calumnias contra esta princesa, de que se vengó haciendo levantar dos magníficos templos en honor de *Maria*.

Treinta y dos años de paz y de prosperidad en el Imperio, debidas á la sabiduría y altas prendas de Pulqueria, y las dulces virtudes, la irrepreensible conducta que todos admiraban en ella, no dejaban campo alguno á la intriga. La maldad, sin embargo, no descansaba. Teodosio no tenia afición al despacho de los negocios, y habia contraído la mala costumbre de firmar, sin leer, cuanto á este fin se le presentaba: las constantes reprensiones de su hermana no pudieron corregirle; y la princesa imaginó un medio de conseguir su propósito. Escribió la abdicacion de Teodosio, la mezcló entre otros papeles, y la firmó el Emperador sin leerla: entonces Pulqueria le hizo ver á lo que se esponia y al Estado con su indolencia; y en vez de agradecer la importante advertencia que por su gloria y su interés acababa de hacerle su hermana, enojóse, y aprovechando esta ocasion el favorito Crysafio, consiguió la órden de que la consagrarse diaconesa el Patriarca. Noticiosa de esta determinacion por S. Flaviano, y prefiriendo la calma de la soledad á los honores supremos, previno su

desgracia retirándose. Bien pronto se advirtió su falta: los pueblos echaban de menos á la que por tantos años habia procurado su felicidad con una eficacia verdaderamente maternal, y dejábanse sentir las turbulencias en el Estado y en la Iglesia. El emperador comprendió al fin su falta, y llamó á su hermana, que volvió por el sostenimiento de la religion cristiana, por el bien de su patria y de su hermano. Su entrada en Constantinopla fué una ovacion. «Los grandes (dice un escritor), el clero y el pueblo, la recibieron como una divinidad bienhechora,» y guiándose Teodosio por los consejos de su hermana, cicatrizó en breve las llagas abiertas en el seno del Estado; volvió á florecer la religion; la paz y la abundancia renacieron en los pueblos, y el nombre de Pulqueria era bendecido en todas partes. Murió el Emperador sin sucesion, y el Senado, los grandes, el ejército y el pueblo aclamaron á una vez emperatriz á Pulqueria, y la elevaron al trono de los Césares. Digna era del centro; pero contrario á las costumbres del Imperio el gobierno de una mujer, podia dar pretexto á la ambicion, y por evitarlo, se casó Pulqueria con Marciano, y le asoció al sόlio. De humilde cuna, su edad de sesenta años, su entereza y probidad, y sus dotes militares secundaban los laudables designios de la Emperatriz, y le dió la púrpora, prévio juramento, que le exigió, de respetar su castidad. Marciano justificó plenamente la eleccion de Pulqueria. Entre ambos esposos trabajaron de acuerdo para aumentar la felicidad de sus pueblos hasta el año 453 de nuestra era, en que á los cincuenta y cuatro años de su edad murió llorada de todos la Emperatriz. Esta princesa, que

habia edificado gran número de iglesias, fundado conventos, y dotado con largueza muchas casas de beneficencia, instituyó herederos de sus bienes á los pobres. La historia la ha colocado entre los mas dignos soberanos del mundo, y la Iglesia griega en el número de sus santos. Benedicto XIV autorizó la honra de su memoria; el jesuita Cotucci publicó su *Vida*, y las *Memorias de Tillemont*, la *Historia de la decadencia del Imperio*, y otras obras dan mas pormenores de esta mujer inmortal, segunda Providencia de su pueblo.

A. Pirala.

LITERATURA.

LOS CELOS.

Si los humanos desvelos
Son sin guarismo y medida,
Nadie, en tantos desconsuelos,
Ose maldecir la vida
Si no padece de celos.

Es dura una cesantía,
Fiero un retiro, un reemplazo;
Y el perder tras luengo plazo
Un litigio de cuantía,
Destruye cual un balazo.

Tan rudos son golpes tales,
Que acaso un rancio cristiano
Los juzgára sin rivales;
¡Error asaz inhumano!
Otros hay muy mas fatales.

Los celos, ¡por vida mia!
Son el mal por escelencia
Que tortura noche y dia;
Son, mis lectoras, dolencia
Que asusta á la policia.

El malhadado celoso,
Uncido á su férreo yugo,
No halla en el mundo reposo;
Vé en un átomo un coloso;
Es su victima y verdugo.

Escuálido, inapetente,
Juan vive insomne y sin voz,
Mientras su Elisa inclemente
Engulle prosáicamente
Dos pichones en arroz.

De la bella en el ajuar
Brilla y triunfa, ¡sino ingrato!
El imprescindible gato;
No temais exagerar
Los dolores que relato.

Digo, pues, que el favorito
De la atroz y hermosa Elisa,
Es el enorme *gatito*;
Lo lleva al Prado y á misa...
¡Oh sacrilegio inaudito!

Y Juan, que en su ofuscacion
Vé en todo la oculta mano
De un rival ó de un felon,
Ser anhela el Diocleciano
Del valido camastron.

Aunque prudente doncel,
¡Cómo de quicio le saca
El mamífero eruel!
¡Con qué placer, de su piel
Construyera una petaca!

Pero aunque se muestra á raya,
Y aun hace al mónstruo *miz, miz*,
Zapiron se estira y maya,
E interpela á su nariz:
Es patron de aquella playa.

¡Oh tormentos colosales!
¡Ver gigantes en la nada,
Transigir con animales,
Y ser la copa menguada
De Felipe Carrizales!

Bajo un aspecto indolente
Oculto Juan un infierno;
Védle! Ya asesta su lente,
Mas torvo que un intendente,
Mas predictor que un gobierno.

En crónicos desvarios,
Convulso mira su sombra,
Improvisa desafíos,
Y oye con escalofrios
Al traidor que á Elisa nombra.

Porque Juan es hombre inquieto,
Que infatigable maquina
En la calle, en la oficina...
Del demonio es un boceto
Cuando su mal le domina.

¡Por vida de San Gregorio!
Esta enfermedad traidora
Pesa mas que un promontorio;
Mas, basta; ¿acaso lo ignora
Mi seductor auditorio?

¡Oh dislate sin igual,
Que mi osada vena humilla!
¡De la rima ley fatal!
San Gregorio en mi quintilla
Es un ripio colosal.

Mas, ¿á qué estos arrebatos,
Si mi percance no evito?
Vuelvo á los celos ingratos,
Y digo como Pilatos:
Lo que escribi, quede escrito.

Ah! Si matices mas finos
Mi paleta atesorára,
Gloria mayor intentára:
De los celos femeninos
Los raros lances trazára,

De brocha gorda pintor,
No esperéis de mi perfiles
Tan aéreos, tan sutiles;
Solo conoce el Criador
Los arcanos mujeriles.

Los celos, bien razonando,
Son un afecto anti-lógico,
Pavoroso, atroz, nefando;
Son, técnicamente hablando,
Un estado patológico.

Mas, en los rudos afanes
A que nos condenan *ellas*,
¿Quién conjura estos desmanes?
Y, ¿cómo, si son tan bellas,
No ser nosotros tan... *Juanes*?

M. M. FLAMANT.

MARIETTA TINTORELLA.

Escrita en francés

POR M^{de}me. *EUGENIA FOA*, Y TRADUCIDA AL
CASTELLANO POR ROBUSTIANA ARMIÑO GOMEZ.

(Continuacion.)

V.

Escucha, hermanita, dijo Dominico con un tono dulce y mimado, si no duermo, me pondré enfermo; y tú no querrás que eso suceda, ¿es verdad?

—La madona sabe bien que no, respondió Marietta con espresion angélica.

—Y bien; entonces déjame acostarme en llegando á casa...

—Pero el cuadro de la capilla de Santa Maria Dell'Orta!

—La mano que le ha conducido hasta aqui le dirigirá hasta el fin, respondió el jóven con negligencia.

—¿Es decir que cuentas conmigo para concluirle?

—Tienes una prespicacia admirable, Marietta.

—Y tú una confianza sin limites, Dominico... pero es imposible concluir tu cuadro, y voy á decirte porqué; porque... estoy ha-

ciendo el retrato de la condesa Grimani, que me ha dado algunos ducados adelantados.

—Has hecho mal, Marietta; has hecho mal: no debias haber tomado prestado sobre tu retrato.

—Pues tú has tomado bastante sobre tu cuadro.

—Oh! yo era muy diferente, Marietta, yo tenia muchas deudas que pagar.

—Y yo tenia que sostener el gasto de la casa para mi padre, mi abuela y tú; mi padre gana apenas para él, y nosotros no podemos pasar sin comer.

—Debias de habérmelo dicho, y yo abria tomado algunas medidas.

—Te lo he dicho cien veces, Dominico.

—Convengo en ello, pero ha sido siempre en mala ocasion, siempre cuando iba á divertirme con mis amigos, ó cuando volvia.

—Pero entrando ó saliendo estás siempre.

Los dos hermanos llegaban en este momento á la casa del Tintoreto; entraron, nadie se habia levantado aun; en el momento en que Marietta ponía el pié sobre la escalera que conducía al taller de su hermano, éste le tomó la mano, y estrechándosela tiernamente, la dijo:

—Adios, hermana mia, voy á descansar, y desapareció cerrando una puertecita que daba al pequeño cuarto que ocupaba en el piso bajo.

Marietta quedó por un momento anonadada; luego, con el aire del que se resigna por fuerza, se dirigia ya al taller de su hermano, cuando oyó la voz de su padre que la llamaba.

—Marietta! gritó el Tintoreto con el pincel en una mano y la paleta en la otra, puesto de pié delante de uno de sus mejores cuadros, representando á Susana en el baño: Trae la guitarra, y toca un poco para distraerme, hija mia.

Al oír esta orden, que no admitia répli-

ca, Marietta se puso pálida y empezó á temblar.

—Padre mio, dijo balbuceando, no podeis escusarme... pero... pero...

—Pero qué? preguntó el Tintoreto con impaciencia.

—Que tengo por concluir el retrato de la condesa Grimani, respondió vivamente la jóven, creyendo haber dado una buena razon.

—¿Que estás ahí cantando de la condesa Grimani?... replicó Tintoreto poniéndose á pintar sin mirar á su hija; la condesa Grimani está aun en cama, y no se levanta jamás á esta hora; cántame otra canción, Marietta, te lo suplico, hija, no te hagas mas de rogar.

—Es qué... estoy un poco incomodada esta mañana, dijo la jóven casi llorando.

—Entonces es muy diferente.... Marietta, muy diferente; y cuando Marietta respiraba ya al oír estas palabras, y se dirigia al cuarto de su hermano, su padre la detuvo, añadiendo: Vé, vé á buscar tu guitarra, y toca al menos, ya que no puedes cantar...

—Os lo suplico, padre mio, exclamó Marietta tomando al fin su resolucion, como vulgarmente se dice con ambas manos; no me hableis de música esta mañana; no tengo tiempo.

—¿Y qué tienes tú que hacer mas que dar gusto á tu padre? replicó Tintoreto, cuya frente se oscurecia ya, ¿qué otra ocupacion te llama, cuando mi voluntad es que te quedes? Con el pretesto de que tu salud es delicada, todo te se permite, todo te se pasa, te se deja hacer cuanto quieres, te se hecha á perder, y ya es tiempo de que esto se acabe... ¿qué vas á hacer en tu cuarto? Mirarte al espejo, adornarte, alisar tus cabellos negros, ponerte un corsé nuevo, ó arrimarte á la ventana para ver deslizarse las góndolas sobre el canal. Siempre estás repitiendo;

«estoy haciendo el retrato de la condesa Grimani; voy al palacio Grimani, vengo del palacio Grimani.» Mucho quisiera ver el retrato de la princesa! ¡qué cortezon! ¡qué pastel debe de ser!...

—Pero, padre mio, ¿acaso una mujer no puede pintar tan bien como un hombre?

—No, señora impertinente, no; ¿puede una mujer estudiar anatomía? ¿cogerá un muerto para despedazarle y cortar sus miembros?... ¿se atreverá siquiera á mirarle de frente?

—Pero al menos puede limitarse á retratar... observó timidamente Marietta.

—Mas... sí... pero... estas niñas, Dios me perdone, tienen siempre una provision de observaciones de reserva para hacer desesperar á todo el mundo.

—Vos no sois aquí mas princesa que yo, señorita, ni mas duquesa que vuestro hermano, que trabaja como un peon desde que amanece. Vos sois una simple particular descendiente de buenos y honrados Tintoreros, y si hay un pintor en la familia, como dice mi querida madre, esto no es salir de los colores... con que así, id á buscar vuestra guitarra, y si no podeis cantar, al menos tocáreis, señora... tocáreis... y no me irriteis mas la bilis.

No habia medio de hacer una observacion, se levantó, descolgó la guitarra, que estaba suspendida en la pared con un lazo, y se puso á preludiar.

Pero su espíritu vagaba por otra esfera; su imaginacion pasaba del cuadro de su hermano al retrato que la ocupaba; veia al padre Ambrosio volver y revelar á Tintoreto la vida disipada de su hijo con solo pronunciar una palabra; oia las reprensiones que la condesa Grimani le haría por su negligencia; y sus lágrimas, que no se cuidaba de retener, corrian sobre sus manos; que se paseaban al azar sobre las cuerdas, sin producir mas

que sones vagos, oscuros, sin armonía, tales en fin, que la mas ruda aprendiz los despreciaría.

¡Pero cuál se quedó, cuando de repente vió la guitarra volar en astillas! la mano que rompió la guitarra la cogió por la espalda, la empujó bruscamente fuera del taller, y la condujo hasta su habitacion, arrojándola sobre el primer mueble que halló... despues, todo desapareció, y Marietta pudo oir el ruido de la llave, que dió dos vueltas en la cerradura. Ni una palabra se habia oido entre ella y su padre; y la pobre niña se halló encerrada antes de haber visto siquiera levantarse la tempestad sobre la frente paterna; y solo cuando oyó la voz de su padre, que gritaba al través de la puerta, *os prohibo salir en ocho dias*, pudo comprender el extremo de su desgracia.

Dejémosla llorar y reflexionar sobre los medios de prevenir los males que temia, y volvamos al Tintoreto.

(Se continuará.)

VARIETADES.

D.^a Beatriz Galindo (La Latina.)

La ilustre persona cuyo nombre va á la cabeza de este artículo, nació en Salamanca, y segun se infiere, pudo ser entre los años de 1460 y 70. Su padre era oriundo de Zamora, y pertenecia á una distinguida familia. Destinada Beatriz desde sus primeros años á la vida religiosa, y con propension decidida al estudio, recibió lecciones del idioma del Lacio (por lo cual fué apellidada despues *la Latina*), y tambien de retórica; siendo el asombro de los Doctores de aquella célebre Universidad.

Noticiosa la gran Reina de Castilla, Isabel la Católica, de los rápidos progresos de esta jóven, la colocó en su Palacio. Compóniase entonces la córte de personas muy ilustradas, como D. Juan de Zúñiga, el conde de Salinas, el vizconde de Altamira, y los marqueses de Denia, de Velez y de Villena. Creció tanto el aprecio de la esclarecida Reina hácia Beatriz, que quiso ser su discipula al ver el talento y virtudes que la distinguian, con cuyas relevantes dotes llegó á *Consejera* suya, segun dice Marineo Siculo.

Casó con Francisco Ramirez de Orena, natural de Madrid, y célebre general de Artilleria de los Reyes Católicos, que murió en campaña contra los moros en 17 de Marzo de 1501, dejando muy poco adelantado un edificio en la calle de Toledo de esta córte, que su piedad destinaba para Hospital, con el título de Ntra. Sra. de la Concepcion, y que hoy es mas conocido con el de *la Latina*. Ya viuda, prosiguió tan filantrópica obra, hasta que la vió completamente terminada, como igualmente el Monasterio contiguo al Hospital, que fundó á sus espensas.

Falleció la reina Isabel, y se retiró á la soledad del claustro, no sin haber antes rendido el último tributo de amor á su Soberana, acompañando el régio cadáver á Granada. Poco despues volvió á fundar otro Monasterio en la casa principal del mayorazgo de su difunto esposo, sita en la que es ahora calle de la Concepcion Gerónima, donde yace sepultada juntamente con aquél. Su muerte ocurrió en 23 de Noviembre de 1554, en una pequeña habitacion del hospital, de que se ha hecho mencion.

Enrique del Castillo y Alba.

REVISTA DE TEATROS.

La animacion que ha reinado en los baños y puertos de mar de la Peninsula, se concentra ya en Madrid, que ayer triste y abatido, empieza hoy á estar alegre y animado. Los espedicionarios vienen, el calor se va, y no parece sino que traen ellos las diversiones á la Córte y el público á los espectáculos; no parece sino que se llevaron la llave de los coliseos y la alegría de nuestro corazon.

La mayor parte de nuestros actores fueron en pos de los forasteros. En el Escorial, en la Granja, en Santander, en Bilbao, en San Sebastian, en casi todas las provincias representaban los mismos que han representado y representarán ahora en Madrid. Hasta los toreros les siguieron para que ninguna funcion les faltara. ¡Bienaventurados los bañistas que viajan, para ellos es el reino de las diversiones y de la frescura!

Pero ya regresan todos á esta Villa que no há mucho desdénaban abandonándola: ya vienen contentos los que han sido previsores para alcanzar billetes, y quedan tristes los que no pueden visitarnos hasta octubre. La villa de Madrid les recibe como una madre querida, cariñosa, complaciente, y á todos cobija en su seno con mas ó menos holgura, porque en esto de albergar á sus hijos, para unos es madre y para otros madrastra.

Todo lo que el verano ha tenido de triste, por lo caluroso, el invierno promete ser alegre, por lo fresco; pues dentro de diez y seis dias tendremos hielos, si no miente el Almanaque; y si las diversiones están en relacion directa con la temperatura, la deduccion es lógica. Y en efecto, vamos á tener competencia de actores, de cantantes, de autores; pues si los señores Romea y Ar-

jona van á rivalizar en noble emulacion , no falta quien diga y asegure que las tiples, contraltos, tenores y otros del *Circo*, tendrán sus competidores en *Variiedades*, donde con menos dotes podrán lucir mucho, y hacer quizá, que local que tanto enalteció *D. Juan de Alarcon*, y otras producciones, no deje de ser tan favorecido como entonces. Verémos si el proyecto cuaja.

Dos teatros no tendrán rivales, el *Real* y el del *Instituto*: aquel por su escelente compañía, segun nuestros informes; el segundo por su especialidad. De uno y otro nos ocuparémos á su tiempo con la debida detencion.

Por hoy solo hablaremos del *Circo*, el primero que ha inaugurado sus tareas, y en el que se ha presentado el nuevo tenor, señor *Fernandez*, á quien no hace muchos dias oímos con placer en Bilbao, cantando las mismas zarzuelas del repertorio del *Circo*.

Con el *Valle de Andorra* ha dado principio este coliseo al año cómico, llenándose por completo todas las localidades.

La salida de los señores *Caltañazor* y *Sallas*, fué saludada con un aplauso general. La *Adelaida Latorre* fué tambien aplaudida en varias piezas, y el señor *Fernandez*, que era la novedad teatral, fué escuchado con atencion. Desempeñó su papel interinamente, y lo hizo sin miedo.

Los coros siguen siendo inmejorables, y la orquesta tan bien arreglada.

Por ahora continuarán las zarzuelas conocidas, hasta que puedan ponerse en escena las nuevas, que no se tardará mucho, y sobre las cuales nada anticipamos por hoy.

De la apertura del *Príncipe* no tenemos tiempo de ocuparnos: lo harémos en la próxima Revista.

MODAS.

Dentro de breves dias habrá concluido el verano y nos encontraremos en Otoño, estacion deliciosa y la mejor y mas ponderada de Madrid, pero que en punto á Modas pasa casi desapercibida, porque, con ligeras escepciones, aqui no se conocen Modas especiales de entretiempos. Nos ataviaremos, pues, segun los caprichos del tiempo: cuando esté vario ó lluvioso aparecerán los vestidos de seda negros ó de colores oscuros, que serán reemplazados por la popelina, cuando se haga sentir un poco mas el frio.

Entretanto, y en los dias buenos, los trajes de telas ligeras, como el barés ó la granadina, se llevarán con cuerpos de mas abrigo: el canesú de muselina bordada cederá la plaza á la manteleta de sedá entretelada, ó de terciopelo, y dejando á un lado los vestidos de fular ó piqué, irémos preparando los de merino ó paño de damas.

No dejan de verse ya algunas de estas variaciones, que aunque algo precoces, las va exigiendo la temperatura un poco fresca de alguna de estas últimas noches.

En un círculo de señoras sentadas en el Prado al lado de uno de los faroles, nos ha llamado la atencion un vestido de barés gris con listas color de lila sobre los volantes: el cuerpo era de tafetan lila, con aldetas, y guarnecido de cinta del mismo color, plegada á la antigua. Dirémos de paso que el lila es el color actualmentente de Moda en París, y le llaman color *emperatriz*. Otra señora llevaba traje con falda de popelina escocesa y cuerpo de tafetan negro, bordado á realce. Otra jóven, tenia falda de muselina bordada con cuerpo de tafetan rosa.

Al salir del *Circo* hemos visto algunos abrigos de alpaga color gris, mas ó menos oscuro, guarnecidos de cintas de terciopelo negro: la forma de *Talma*, continúa llevándose como la mas cómoda.

Aurora.